

Seguridad nacional ¿realidad o proyecto?*

José Luis Piñeyro

Rosa Albina Garavito Elias**

El día de la presentación del libro de mi amigo José Luis Piñeyro, *Seguridad Nacional, ¿Realidad o proyecto?*, la prensa publica la noticia de que “Cien sicarios decapitan a tres policías y un civil en Rosarito, Baja California”. Cien sicarios disfrazados de agentes de la AFI. O cien agentes de la AFI actuando como sicarios. No cinco, diez o veinte, sino cien. Cuando el número empieza a transformarse en indicador cualitativo. ¿Indicador de qué? Del profundo deterioro de las instituciones de un Estado que ya no tiene el monopolio legítimo del uso de la fuerza pública, porque el monopolio ilegítimo de la fuerza privada —la que está al servicio de los intereses de la delincuencia organizada— ya lo superó. En efecto, el narcotráfico se ha convertido en un problema de seguridad nacional como afirma el autor en su libro; porque de asesinatos como el que hoy se consigna en los medios, se ha llenado la vida cotidiana del país. Este tipo de hechos nos bastaría para afirmar que la seguridad nacional en el país es, en el mejor de los casos, un proyecto y que está muy lejos de ser una realidad. Y digo en el mejor de los casos porque, desde la óptica de la sociedad y de la academia, no se vislumbra una política de Estado para garantizar la seguridad nacional.

* Texto leído por la autora en la presentación del libro realizada en la Galería Metropolitana de la UAM el 22 de junio del 2006.

** Profesora investigadora, Departamento de Economía, UAM-Azcapotzalco.

El libro de José Luis es afortunado y oportuno porque está dedicado al análisis de uno de los temas cruciales del Estado nación. Sin seguridad nacional es difícil garantizar la viabilidad de cualquier país como nación independiente y mientras la globalidad no borre del mapa a las naciones y a los Estados, el desafío de garantizar esa seguridad sigue siendo un reto vigente.

La revisión puntual que José Luis hace del estado en que se encuentra la seguridad nacional en México, a través de sus artículos publicados en *El Universal*, constituye un valioso ejercicio de socialización del análisis de un tema que, como señala Sergio Aguayo en el prólogo a este libro, fue una mala idea en los años setenta, década en la que José Luis inaugura su interés y dedicación al mismo. En efecto, hace tres décadas constituía una pésima idea estudiar la seguridad nacional y sus aparatos pues —siempre siguiendo a Aguayo—, eso implicaba dos riesgos: por un lado, el de acercarse a un territorio tabú para el Estado autoritario, y por otro, el de ser calificado como claudicante desde la sociedad progresista.

Existe, pues, en la decisión de José Luis de ser uno de los pioneros en abordar esta problemática, un doble valor: el valor necesario para arriesgarse a estudiar este fenómeno, y el valor que deriva de su contribución a generar una cultura democrática desde su misma célula: la ciudadanía. Que hoy esas rigurosas reflexiones se reúnan y publiquen en un libro es por supuesto motivo de celebración; y agradezco a José Luis el haberme invi-

tado a compartir el gusto por este acontecimiento.

Los que leemos a José Luis en *El Universal* hemos aprendido mucho sobre el tema; a ese aprendizaje podemos ahora sumar el que se deriva de la lectura de su ensayo introductorio en donde hace explícito su enfoque para el análisis de la seguridad nacional. Dimensiones que ya sospechábamos que estaban presentes en su análisis, hoy las encontramos sistematizadas en esa parte del libro. En primer término, sabíamos que el autor no publica en *El Universal* artículos académicos y teóricos sobre la seguridad nacional en México; por el contrario, son elaboraciones comprometidas con la realidad mexicana actual, con su acontecer diario; claro, desde la óptica del especialista, que, como él mismo declara “pretende señalar” —y pienso que lo logra— las raíces estructurales de los fenómenos analizados.

Y qué otra raíz estructural más poderosa que las consecuencias de la estrategia económica inaugurada en diciembre de 1982. Frente al estallido de la crisis de la deuda externa de ese año, frente a las consecuencias de un inveterado proteccionismo comercial y de un Estado omnipresente en la economía, ciertamente era necesario un cambio de modelo económico; pero haber hecho esta modernización de manera tardía, apresurada, a favor exclusivamente del capital y en detrimento del trabajo, y además con el sello del autoritarismo del viejo régimen de partido de Estado, de todo ello, las consecuencias no podían ser otras que el desmantelamiento de la estructura productiva, el profundo deterioro del bienestar y el crecimiento de la pobreza.

Es en el contexto de esa situación estructural en el que José Luis desarrolla los análisis que publica en este libro. Nada más desesperanzador para la seguridad nacional que el deterioro de las bases materiales de un proyecto nacional (lo que José Luis llama el poder nacional), léase educación, fuerza de trabajo, innovación y desarrollo tecnológico, recursos naturales y, de manera preponderante, los estratégicos como el petróleo.

Frente a ese desmantelamiento, y frente al contexto definido también por “el tortuoso proceso de transición política y reforma del Estado en México”, José Luis aboga por políticas de Estado democráticas; consigna la insuficiencia de la democracia representativa que hemos conquistado, e introduce la necesidad de la democracia participativa mediante el establecimiento de las figuras del referéndum, el plebiscito, la consulta popular, y la contraloría social sobre las acciones de gobierno. Yo agregaría la democracia y libertad sindicales, también la autonomía indígena. No veo otra manera de lograr que la democracia además del pueblo sea para el pueblo y para hacer posible que la toma de decisiones sobre el presente y el futuro del país no se limite al momento de las urnas para elegir gobernantes.

Por supuesto que son necesarias las políticas de Estado para impulsar el desarrollo nacional —un término que por cierto entró en desuso. Si en el siglo XX hubo un milagro económico mexicano fue gracias a la política de Estado desplegada a partir del pacto social plasmado en la Constitución de 1917. De ese pacto corporativo y de esas políticas de Estado resultó el crecimiento del sector agropecuario, de la industria, del mercado, de los salarios, del empleo, del sector exportador, de la soberanía mediante la expropiación petrolera. Lograr el pacto social democrático del siglo XXI tendría que ser hoy el desafío de las fuerzas políticas y de la sociedad. Sólo así podría lograrse una estrategia de seguridad nacional de largo plazo como reclama el autor.

De largo plazo y con un carácter democrático e integral como también postula José Luis. De otra manera, seguirán confundiendo los intereses de la nación con los del Estado y con los del gobierno. Y, peor aun, los intereses nacionales con la seguridad nacional de otro país como es el caso de la subordinación del gobierno foxista a la estrategia de EUA en su combate contra el terrorismo, y de paso contra los trabajadores migratorios mediante la criminalización que de ellos se hace.

Por seguridad nacional, José Luis entiende “una situación en la que la mayoría de los sectores y clases sociales de la nación tengan garantizadas sus necesidades culturales y materiales vitales a través de las decisiones del gobierno nacional en turno y de las acciones del conjunto de las instituciones del Estado, o sea allí donde existe una relativa seguridad frente a amenazas o retos internos o externos, reales o potenciales, que atenten contra la reproducción de la nación y del Estado”. En realidad lo que nos está diciendo el autor es que la seguridad nacional se logra con un Estado que garantice el cumplimiento de los derechos sociales y de las garantías individuales; esto es un Estado que cumpla con sus obligaciones constitucionales. No son otras las vías para alcanzar la cohesión social; la gobernabilidad democrática; para hacer coincidir legitimidad con legalidad de las instituciones del Estado; para que el consenso social sea activo y no pasivo; para fortalecer la identidad y la cultura nacionales, también y sobre todo en esta etapa de globalización. Pero para ello tendríamos que considerar, como lo hace el artículo tercero cons-

titucional que “la democracia no solamente es una estructura jurídica y un régimen político, sino (un) sistema de vida fundado en el constante mejoramiento económico, social y cultural del pueblo”. Y también tendríamos que recordar que Jaime Torres Bodet concibió esa acepción de democracia precisamente al finalizar la Segunda Guerra Mundial, cuando nuestro vecino del norte surgió como uno de los polos hegemónicos en el concierto de las naciones. No es difícil suponer que en esa concepción de democracia se dibujó una política de Estado para la seguridad nacional de aquella etapa de la globalización. Pero hace rato que, por desgracia, estadistas como Torres Bodet brillan por su ausencia.

Y precisamente porque la nación y el Estado han transitado durante las últimas décadas con el lastre de la ruptura del pacto social, es que su reproducción se ve amenazada de manera cotidiana. Reconciliar a la sociedad y al Estado mediante una redistribución del poder político, empezaría a cerrar las fisuras entre seguridad nacional, de Estado y pública. Empezaría a sanar heridas como las abiertas por la guerra sucia del pasado, y a cicatrizar las que se han seguido abriendo hasta llegar a Pasta de Conchos, Sicartsa y Atenco. Colocaría al Estado mexicano en una posición favorable para enfrentar los desafíos internacionales; también para generar las condiciones del desarrollo nacional; y con ello abatir desempleo e inseguridad pública, y disminuir el éxodo económico de los migrantes, y el oropel que ofrece la delincuencia organizada a subempleados y desempleados. Haría de trabajadores e indígenas sujetos de pleno derecho y no de interés público como hasta ahora. Redistribución del poder más que distribución de recursos públicos en políticas asistenciales, es lo que hace falta para llevar a nuevos estadios nuestra incipiente democracia.

De los resultados de este reñido proceso electoral depende el futuro de la democracia y por ende de la seguridad nacional en nuestro país. Ciertamente como gentilmente me cita José Luis al final de su ensayo introductorio, pienso que el eventual triunfo de AMLO equivaldría a que “hubiese ganado un PRI nacionalista, con una política de bienestar de gran alcance, con una drástica reducción del cáncer de la corrupción y con políticas más eficaces para reactivar la economía y generar empleos” Todas ellas serán buenas medidas para fortalecer el poder nacional, según el código utilizado por José Luis, pero ninguna de ellas garantiza por sí misma la transformación del régimen político. Sin embargo, irredenta optimista como soy, pienso también que ese triunfo “constituiría la llave que abriría la puerta de la democracia participativa. Con ese triunfo, la democracia electoral se consolidará, pero habrá que empujar la lenta transición mexicana hacia nuevas etapas”. En otras palabras, la tarea, como siempre, sigue estando en manos de la sociedad.

De nuevo muchas gracias por la invitación y muchas felicidades a José Luis Pyñero por la publicación de este valioso libro. No es raro, por cierto, que uno de los artículos en él publicados haya merecido el Premio Nacional de Periodismo 2004 por artículo de fondo. ¡Felicidades!